

JORNADA PARA JEFES DE LA RAMA FAMILIAR 1992

I. SIGNIFICADO DE NUESTRA TAREA DE JEFES

Es la primera Jornada de Jefes de grupos que hacemos y esto le confiere un carácter especial. Porque los jefes, en gran parte, determinan el desarrollo y la vida de los grupos. Si queremos ser una Comunidad Apostólica de Matrimonios sólida y activa, es primariamente responsabilidad nuestra: de los jefes de Rama, de los Asesores y, muy especialmente, de ustedes, los jefes de grupo.

Por eso, quisiéramos ahondar en el espíritu que estamos llamados a encarnar como jefes, en el contexto de la línea de año: el 20 de Enero. Queremos llegar a ser jefes a la medida del P. Kentenich; jefes que apoyen, vivan y actúen en y con el P. Kentenich. Justamente el mensaje que nos trae el 20 de Enero -eje de la historia de nuestra Familia- nos mueve a centrarnos muy directamente en el Padre Fundador.

1. El cargo de jefe es un "en-cargo"

Iniciaremos nuestra reflexión con algo muy general: Ser jefes, ser responsables de la vida y del crecimiento de un grupo, ser transmisores de vida, es un cargo derivado: no viene de nosotros mismos. Puede ser, y normalmente es así, que se nos haya elegido. Desde el momento en que se nos nombra jefes por una votación, y que se nos confirma en el cargo, ello indica que somos partícipes de un envío de Cristo, del Señor, del Padre Dios. Toda paternidad -afirma san Pablo- viene del Padre de los cielos. El Señor lo expresaba diciendo: "Así como el Padre me envió, así también yo los envío a ustedes".

Nuestro nombramiento es un encargo, un mandato del Señor. Se nos da una tarea concreta que, en último término, es derivada de Cristo. Él les dice a sus apóstoles: "Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes y yo los destiné para que den fruto y un fruto abundante". "Ustedes sin mí nada pueden hacer". Eso vale también para nosotros.

Este envío de Cristo: "Así como el Padre me envió, yo los envío a ustedes", es extraordinariamente importante para nuestra conciencia de jefes. Si no fuera así, nos sentiríamos extraordinariamente desvalidos, porque las tareas son a veces demasiado grandes para nuestras fuerzas: Tenemos tantas otras cosas que hacer, además de las impuestas por nuestra jefatura... pero nos alivia la conciencia de que alguien está detrás nuestro; quien nos hace el encargo, quien nos elige para ser sus colaboradores, nos asegura su apoyo, nos da las gracias para cumplir nuestra tarea. No estamos solos...

2. Jefes de un grupo de Schoenstatt

Somos jefes de grupo en Schoenstatt, en la Obra de las Familias. Eso quiere decir que el Señor nos destinó para esta Familia. El Señor destina jefes en muchas comunidades de la Iglesia; comparte con muchos la responsabilidad por la vida de su Iglesia. Pero Dios reparte las tareas de acuerdo a lo que el Espíritu Santo nos va dando como carismas. Si Él nos llama a una comunidad concreta, entonces nos da las gracias necesarias para ejercer nuestra responsabilidad en el ámbito y con las fuentes de vida propias de esa comunidad.

Ahora bien, cada comunidad en la Iglesia tiene una cabeza. Pensemos en los jesuitas. El Dios de la historia, en un momento dado, dijo: quiero que surja esta Comunidad dentro de la Iglesia y yo, para ello, elijo un hombre. Llamó, entonces, a Ignacio de Loyola. Su Providencia dispuso lo necesario para que Ignacio tuviera, en ese momento en que quedó herido, un encuentro profundo con él. Ignacio cambió su vida, recibió la luz de la gracia para que iniciar algo nuevo en la Iglesia. Así Dios lo constituyó fundador de la Compañía de Jesús, su comunidad.

Este hecho es extraordinariamente importante, porque ningún jesuita podrá ser jefe, dentro de la Compañía de Jesús, sin referencia a quien Dios puso como Cabeza y como fundador de esa comunidad, a quien inició esa obra y la llevó a su crecimiento, a quien, desde el cielo, sigue e intercediendo por ella. No podemos pensar que san Ignacio esté inactivo en el cielo, sin preocuparse de su Compañía. Está en el cielo con la mayor actividad que pueda pensarse, preocupado hasta de los más mínimos detalles de su Obra, porque Dios se la encargó y cuando él se fue al cielo, Dios no le quitó ese encargo. Al contrario, san Ignacio trabaja desde ahí mucho más, y lo hará así hasta el fin de los tiempos.

Lo que vale para San Ignacio de Loyola responde a una ley que el P. Kentenich repite una y otra vez: "Dios gobierna el mundo a través de causas segundas libres". Dios no es paternalista, no hace solo las cosas: él reparte tareas. Busca personas, las llama, las convoca, les hace un encargo y pide su colaboración. Les dice: Yo necesito tu colaboración, te necesito a ti. Y si, libremente, tú aceptas, te voy a dar mi apoyo, las gracias necesarias, para que saques adelante conmigo esta Obra.

Esa es la pedagogía que Dios ha ido siguiendo desde el inicio de la creación; desde Abraham, Isaac, Jacob, Moisés... siempre Dios fue llamando a personas. A estas personas llamadas por Dios, el P. Kentenich las denomina "personalidades históricas claves". A todos los hombres Dios les hace partícipes de sus gracias, a todos les da una responsabilidad, pero, a algunos, en forma especial, los llama a ejercer una tarea que tiene una repercusión histórica única. No todos tenemos las mismas tareas. El Espíritu Santo distribuye sus dones, sus carismas como quiere, y solamente a pocos les da el lugar de un Abraham, de un San Benito, de un san Ignacio de Loyola, de un Francisco de Asís o de una Teresa de Avila. Son personalidades históricas, que tienen una repercusión extraordinaria en la Iglesia y el mundo, por siglos.

Ese es el modo de actuar de Dios: elige a los que han de jugar un papel destacado en el plan salvífico; espera su consentimiento; está y actúa a través de ellos, y reúne en torno a ellos un grupo de seguidores.

3. Jefes en relación a la persona de nuestro Padre y Fundador

De allí que nuestra fecundidad, como conductores y jefes, está supeditada a la relación que tengamos con aquella causa segunda, con aquel hombre clave que Dios puso como fundador de la Obra en la cual estamos participando. El encargo y el envío, pasa del Padre Dios a Cristo, de Cristo a este hombre señalado -que, en nuestro caso, es el Padre José Kentenich- y de ese hombre a nosotros.

Si yo ejerzo mi responsabilidad de jefe por cuenta propia, sin tener una fuerte unión a ese hombre clave, a ese fundador que Dios puso en el ámbito de mi vida, entonces simplemente no voy a poder ser fecundo para Schoenstatt. Podré hacer miles de cosas más,

pero en Schoenstatt no podré ser fecundo. La fecundidad de una carmelita, por ejemplo, depende de su unión a santa Teresa. Si tiene una vinculación débil a ella, no es una teresiana hecha y derecha y, por lo tanto, falla, no es fecunda, pues, en el plan que Dios, él la pensó como carmelita, como hija de Teresa.

Paulo VI resume este pensamiento con gran claridad:

"Las comunidades religiosas mantienen su vitalidad y son fecundas sólo en tanto cuanto permanecen y respiran en su organización y en sus obras, en sus costumbres y en la vida de sus miembros, el espíritu íntegro de su fundador".

Este espíritu debe mantenerse vivo no solamente en sus miembros sino, sobre todo, en sus jefes, en aquellos que tienen un cargo de responsabilidad especial, por cuanto ellos tienen mayor repercusión en la comunidad.

Juan Pablo II, en el discurso que dio a la Familia de Schoenstatt para el centenario del nacimiento del Padre Fundador, en 1985, hace una afirmación que directamente nos atañe a nosotros y que es muy hermosa:

"La experiencia secular de la Iglesia nos enseña que la íntima adhesión espiritual a la persona del Fundador y la fidelidad a su misión, una fidelidad que está siempre de nuevo atenta a los signos de los tiempos, son fuente de vida abundante para la propia fundación y para todo el pueblo de Dios. Vosotros habéis sido llamados a ser partícipes de la gracia que recibió vuestro Fundador y a ponerla a disposición de toda la Iglesia. Porque el carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu y es transmitida a los propios discípulos, para que ellos la vivan, custodien, profundicen, desarrollen constantemente en comunión y para bien de toda la Iglesia".

Las palabras de Juan Pablo II son extraordinariamente claras y significativas. Constituyen un mensaje de Dios para nosotros. No sé si todas las comunidades tienen la oportunidad de escuchar del Santo Padre algo tan hermoso respecto a la relación de su comunidad con el fundador.

Ahora bien, en torno al 20 de Enero, la Familia de Schoenstatt, tomó conciencia de esta posición clave del Fundador; de lo vital que era para ella, para la realización de su tarea, la vinculación con el Fundador.

Este año 1992, cuando celebramos los 50 años del 20 de Enero, contamos con una gracia especial para redescubrir, profundizar y afianzar definitivamente la relación a nuestro Padre Fundador, cabeza de nuestra Familia. Debemos llegar a comprender vitalmente, que, como schoenstattianos, dependemos por entero de él.

Existe un pasaje de la Biblia, que en este contexto conviene recordar. Moisés tenía el encargo de conducir al Pueblo de Dios hasta la tierra prometida. Y esa tarea, cada cierto tiempo, se le hacía demasiado difícil. Moisés se defiende, le cuesta aceptar el encargo. Primero toma él la iniciativa de liberar al pueblo por su cuenta, y le va mal. Este termina rechazándolo y Moisés se aleja. Y entonces Dios lo llama desde la zarza ardiente y le hace

el encargo. Moisés trata de evadirse varias veces; se defiende y se disculpa señalando, por último, que no tiene habilidad oratoria... Pero el Señor le reitera que lo necesita, que pondrá a su lado a Lot, que él hablará por él y Moisés termina accediendo. Camino a la tierra prometida, sin embargo, siente el peso de su carga y la realidad de un pueblo rebelde. Le dice a Yavé:

"¿Por qué tratas mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia a tus ojos para que hayas echado sobre mí la carga -(la tarea de jefe)- de todo este pueblo? ¿Acaso he sido yo el que he concebido a todo este pueblo y lo he dado a luz para que me digas, llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño de pecho hasta la tierra que prometí con juramento a mis padres? ¿De dónde voy a sacar carne para dársela a todo este pueblo que me llora diciendo: 'danos carne para comer'? No puedo cargar yo solo con todo este pueblo, es demasiado pesado para mí. Si vas a tratarme así, márame, por favor, si he hallado gracia a tus ojos, para que no vea más mi desventura. Yavé respondió a Moisés: 'Reúneme setenta ancianos de Israel de los que saben que son ancianos y escribas del pueblo. Lléalos a la tienda de la reunión y que estén allí contigo. Yo bajaré a hablar contigo; tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pondré en ellos para que lleven contigo la carga del pueblo y ya no la tengas que llevar tú solo'. Luego tomó del espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos. Y en cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar".

¿No hemos pasado también nosotros, alguna vez, por una situación semejante?

Este pasaje ilustra lo que sucede con los fundadores, y lo que sucede, específicamente, con nosotros. Dios nos participa de una plenitud de espíritu, del carisma de fundador. El carisma no es sólo del fundador, sino que Dios se lo transmite también a sus colaboradores, a los cuales, también hace partícipes de ese carisma. Se da aquí una dependencia intrínseca, porque, en el plan de Dios, fuimos pensados con el fundador, para que él pudiera, con nosotros y a través de nosotros, realizar su misión histórica.

Como señalamos, es lo que nosotros, como Familia, descubrimos en forma consciente - porque siempre estuvo presente esa realidad, desde el inicio- en torno al 20 de Enero, segundo hito fundamental de la historia de Schoenstatt.

II. CARACTERISTICAS DE NUESTRA UNION AL FUNDADOR

¿De qué se trata esta unión al Fundador?

Voy a referirme fundamentalmente a dos puntos:

- a nuestro amor y dependencia respecto del Padre, como jefes, y, en segundo lugar,
- a nuestro asemejamiento a él.

En relación al 20 de Enero se generaron dos corrientes convergentes: la corriente del *Jardín de María*, que propiamente se originó antes del 20 de Enero, en Navidad de 1941, y la corriente de *seguimiento* al Padre. Esta última se expresó en dos dimensiones: la *incorporación* y el *asemejamiento* al Padre.

Depender del Padre y asemejarse a él.

Voy a tomar estos dos conceptos para profundizar nuestro carácter de jefes.

1. Jefes en dependencia del Padre

Lo primero es que somos jefes, dependientes; participamos del carisma del Padre. Estamos llamados a vivir una unión y una dependencia extraordinariamente fuerte de él. Unión y dependencia que implica *conocerlo* profundamente, *quererlo* y *seguirlo*. Esto es lo primero.

En segundo lugar, esta relación al Padre implica que nosotros, como jefes, tenemos que ponernos a su altura, imitarlo y conformarnos según el modelo que Dios nos dio, en él, como Fundador. Más adelante tocaremos esta segunda dimensión.

1.1. Conocer al Padre

¿Cómo lograr un cariño filial y un seguimiento fiel a nuestro Padre, para así poder ser fecundos en nuestra tarea? Si en el plan de Dios es tan importante el P. Kentenich para nosotros, como jefes, tenemos que llegar a ser los que más lo conozcan.

Ahora bien, conocer no siempre significa un conocimiento meramente intelectual. Hay conocimientos y conocimientos. Por ejemplo, ustedes conocen a sus hijos, pero no los como los conocen un sicólogo, o un profesor, o un médico. Ustedes los conocen con los ojos del corazón. Hay un conocimiento personal, ése que da el amor, y es éste el conocimiento que nosotros necesitamos tener de nuestro Padre. Alguien podría leer todos los libros y escritos sobre nuestro Padre, pero, como jefe, no le aprovecharía mucho si el conocimiento adquirido no pasase, de alguna manera, por el corazón. No se conoce de verdad sino con el corazón.

Por eso, queremos acercarnos interiormente al Padre. Una imagen de ello nos la da el Principito, en su diálogo con el zorro; nos muestra cómo se traba una amistad. Ustedes, como pareja, también conocen por experiencia propia este proceso; desde el momento en que se vieron por primera vez, hasta llegar a ese conocimiento que hoy tienen el uno del otro. Cuando se dicen: "yo te conozco", se expresa mucho más que un conocimiento analítico o conceptual. Se trata, más bien, de un conocimiento cualitativo, personal, que sabe quién es y lo que siente el otro, que conoce sus costumbres, su estilo, la forma en que reacciona, etc. De esta forma deberíamos adentrarnos, como jefes, en el P. Kentenich. Así lo conoceríamos hondamente y no con un mero conocimiento intelectual. Podría ser un grave error creer que, para conocer al Padre, basta con leer sus escritos o escuchar algunos testimonios. Esas cosas, por cierto, pueden servirnos pero, en el fondo, se requiere algo más, un paso que se da con el corazón y no sólo con la cabeza: tengo que dejarlo entrar en mi vida.

San Pablo, respecto a la fe, habla de los "ojos del corazón". La fe no es sólo algo intelectual, es más, supone un adherirse, un adentrarse, un conocimiento personal de Cristo, hasta poder decir: "yo lo conozco y lo amo", en un mismo acto. Así tendríamos que acercarnos al P. Kentenich, hasta descubrirlo como alguien a quien Dios me dio como padre, como modelo, como la roca en que me apoyo para cumplir mi tarea de jefe.

1.2. Caminos de conocimiento y acercamiento al Padre

Ahora bien, ¿cómo lograr conocer así al Padre? ¿Cómo llegar a quererlo filialmente?

Deberíamos leer alguna de sus biografías; escuchar algún testimonios sobre él; leer sus escritos. Pero, como dijimos, debemos ir más allá: hay que empezar a conversar, a establecer un diálogo personal con él; atrevernos a darle cabida en nuestra vida. Como el Principito, que se acerca poco a poco al zorro... Encomendarle nuestras preocupaciones; poner en sus manos nuestras tareas. En una palabra, tomar en serio que él es alguien vivo junto a nosotros; compartir la vida con él. Si logramos esto, al menos en una cierta medida, podremos ser buenos jefes schoenstattianos.

Resumiendo, como pareja, tenemos la tarea de conducir a nuestro grupo. Es una tarea derivada, un encargo. Y el Padre es el primer interesado en que la cumplamos bien. Pero, para que sea posible, tenemos que estar en contacto vivo con él.

Igual cosa nos acontece con Dios. El no me encarga cosas mecánicamente; me las ofrece, me pide. Si yo me decido a aceptar, a dar mi sí y me abro a él y le pido que las haga conmigo, diciéndole: "¡Señor, ayúdame tú, porque yo no soy capaz!" entonces empieza a haber vida en mí. De modo semejante, si yo le doy cabida al Padre en mi corazón, también voy a experimentar que él está más preocupado que yo mismo de la vida del grupo; que él cree en mí y en nosotros. Él tiene poder de intercesor ante el Señor y la Mater, para pedir las gracias que necesitamos a fin de lograr nuestras metas como jefes. "Sin mí nada podéis hacer", dice el Señor, y esto es absoluto en relación a él. Pero, para nosotros, jefes schoenstattianos, análogicamente también el P. Kentenich puede decirnos: "Ustedes sin mí no pueden hacer nada". ¿Por qué? "Porque Dios los condicionó a mí, al elegirme como Fundador y Padre de la Familia: él me confió Schoenstatt a mí, me los confió a ustedes, a mí".

Esa es la costumbre de Dios, así actúa Dios. "Todo lo puedo en aquel que me conforta", dice san Pablo. Yo nada soy y nada tengo, contigo, todo lo puedo. Como schoenstattianos, sin el Padre, no seríamos nada... con él, somos mucho más de lo que pensamos...

Por eso, desde hoy mismo, empecemos a entregarle tareas al Padre, a compartir nuestras preocupaciones con él; a agradecerle; a ofrecerle pequeños regalos.

La amistad se hace así. Cuando ustedes quieren avivar su amor, se hacen regalos, por más pequeños que sean. El marido llega en la tarde con una flor para su esposa, y con eso reaviva el amor. El amor se reaviva con pequeños detalles y las leyes del amor son siempre iguales. Si uno empieza a hacer pequeños regalos al P. Kentenich, entonces, el conocimiento y la intimidad con él irá creciendo. Si solamente me limito a leer cosas, a reflexionar, o a hacer tareas, desplegando una gran actividad, nunca voy a lograr una relación íntima y personal con él. Como en el matrimonio, en el que, si no se dan expresiones de cariño, delicadezas, si no hay un trato cálido, un compartir preocupaciones, si no hay sacrificios del uno por el otro, o una entrega que se muestre en obras, el amor no crece, se estanca la relación, se marchita la vida.

1.3. Frutos de una relación cálida con el Padre

¿Qué efectos acarrea esta relación? ¿Qué pasa cuando dejo que él entre en mi vida?

1.3.1. Enriquecimiento personal

Lo primero es *un gran enriquecimiento personal*. Todo vínculo de amor trae un enriquecimiento. La prueba la tienen ustedes a mano. ¡Qué riqueza ha significado para cada uno, esa persona que Dios les regaló! ¡Cómo cambió su vida, cómo se hizo mucho más plena porque recibieron a esa persona en su corazón! Eso mismo vale para todas las relaciones personales: mientras más profundas, más enriquecen.

1.3.2. Conocimiento vital de Schoenstatt

Es un inmenso regalo poder recibir al P. Kentenich en nuestro corazón. Se enriquece mi vida y, al mismo tiempo, gano algo que no logran dar sólo las charlas: se produce una *comprensión vital de Schoenstatt*. La comprensión vital la da solamente el amor. Conocer al Padre -en el sentido indicado- significa conocer a Schoenstatt, porque el Padre es Schoenstatt.

El conocimiento vital de Schoenstatt, el más importante, surge cuando yo amo a quien encarna a Schoenstatt, a quien es el origen, el Padre, el Fundador de Schoenstatt.

Así como alguien no puede conocer ni amar a la Iglesia si no conoce ni ama a Cristo, Cabeza de la Iglesia, análogamente sucede lo mismo con Schoenstatt y el P. Kentenich. Se ha definido a la Iglesia como el "yo expandido" de Cristo. Nosotros podríamos decir que Schoenstatt es "el yo expandido del P. Kentenich, y sólo adentrarnos en ese yo, nos permitirá comprender vitalmente a Schoenstatt.

1.3.3. Clarificación del sentido de nuestra vida

Esta relación con el Padre, además, *nos aclara el sentido de nuestra vida*, lo cual es extraordinariamente importante. Nuestra vida vale porque tiene un sentido. Sabemos cómo enfermedades psicológicas se sanan porque la persona encuentra un sentido a su vida. A quien no tiene un sentido para su vida lo único que le queda es la desesperación o la depresión. El por qué y para qué vivimos es una pregunta fundamental. Si Dios nos ha llamado a Schoenstatt, cuando encontramos al P. Kentenich, pudimos descubrir, en él, para qué nos pensó Dios, qué quiso el de nosotros.

A cada uno el Señor nos da un lugar en el mundo y en la historia. A nosotros nos lo dio en Schoenstatt, pero nos lo dio en este hombre, José Kentenich. Descubrir la persona del Padre significa, entonces, descubrir el sentido de mi vida. No tengo que andar de un lado a otro; sé qué debo hacer. Sé qué fines tengo, porque fui pensado en el contexto de la misión de esta persona, y conociéndolo a él, llego a conocerme a mí mismo. Sé lo que tengo que hacer en la Iglesia, sé lo que tengo que hacer en el mundo. Y sé lo que tengo que hacer en mi familia. ¿No es éste un extraordinario regalo?

1.3.4. Alivio de nuestra carga

"Descansar" en el Padre... Hemos recibido un encargo, no nos hemos autodesignado como jefes. Y ese encargo, en último término es del Fundador. Él nos ha confiado una porción de sus hijos.

Esto significa, por una parte, una gran responsabilidad, pero, al mismo tiempo, contar con alguien que asume las tareas junto con nosotros, a través de nosotros. Hay alguien que nos necesita como instrumentos. Para no sentir como un peso aplastante este encargo, tenemos que aprender, como hijos, a descansar en ese Padre que nos ha elegido y que nos pone como condición que compartamos con él la misión.

Hemos de poner el acento no tanto en aquello que tenemos que hacer sino en quien tenemos que confiar, para que nos pueda utilizar como jefes. Esa es la condición fundamental del jefe.

En verdad nos hace bien tener alguien en quién apoyarnos y descansar, sabiendo que no tenemos, como jefes, la última responsabilidad, sino que la tiene él. Y detrás de él está la Mater y el Señor. Cuando el P. Kantenich decía: "*Tua res agitur*", se descargaba de responsabilidades, porque le expresaba a la Mater: "Es tu Obra, se trata de tu causa; tú eres la que tiene la responsabilidad aquí, recuérdalo". Eso mismo puedo decirlo yo al Padre: *Padre, tua res agitur*, se trata de tu causa, sé consecuente". *Pater perfectam habebit curam*. El Padre cuidará. Eso nos libera de muchas tensiones y preocupaciones innecesarias, porque hay muchas cosas que nosotros simplemente no vamos a poder hacer. Y las que podemos hacer, las hacemos con él.

Cuando nosotros estamos nerviosos o tensos es porque no hemos descargado nuestro peso de jefes en aquellos que nos enviaron, en aquellos que son responsables últimos de la Obra.

1.3.5. Una fuente de gracias

Además, uniéndonos al Padre y haciéndonos dependientes de él, nos conectamos con un canal de gracias, pues el Padre es una fuente de gracias para nosotros y para la Iglesia. Lo es para cada uno de nosotros, en forma especial, como hijos de su grey, lo que significa que él es mi intercesor y mediador. Si María intercede constantemente por nosotros en el cielo junto al Señor, el Padre está junto a ella.

2. Jefes semejantes al Padre

El jefe schoenstattiano conduce de acuerdo al estilo del Padre. No podría ser de otro modo. Si somos auténticos hijos, entonces nos asemejaremos a nuestro Padre. El hijo recuerda al padre en su modo de ser y de actuar; en sus criterios y actitudes. Esto se da, de algún modo, en forma espontánea; en la medida que amemos a alguien, nos asemejaremos a él. El amor, la cercanía y el cariño filial nos "ponen en sintonía interior" con el Padre. Pero, por otra parte, no debemos olvidar que nos pesa nuestra naturaleza herida y las deformaciones adquiridas. Por eso, el mismo amor al Padre nos mueve también activamente a iniciar en nosotros un trabajo de seria autoformación como jefes. No queremos obstaculizar sino facilitar la acción del Padre. Por esto mismo, nos preocupa descubrir conscientemente cuál fue su estilo de conducción, para actuar, también nosotros, de acuerdo a él.

Nombraré algunos rasgos que me parecen sobresalientes:

2.1. Conducir guiados por la fe práctica en la Divina Providencia.

El Padre conducía auscultando al Dios de la vida en el alma de las personas que le fueron confiadas, en los signos del tiempo, y preguntándose constantemente por la voluntad de

Dios expresada en el orden de ser de las personas y comunidades a su cuidado. Quiso hacerse profundamente dependiente de Dios en el desempeño de su tarea de conducción de la Familia. No fue un jefe autónomo, que guiaba de acuerdo a su propio parecer, sin preguntarse primero cuál era la voluntad de Dios. Estaba plenamente consciente de que él sólo era un instrumento del Señor y de María.

Por eso, su primera preocupación de jefe era seguir los caminos de la Divina Providencia, escuchar -como tantas veces lo repitió- las voces del alma, del tiempo y del ser. Él estaba -como él mismo lo describió- "con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo". Para nuestro Padre, ser cabeza de la Familia, significaba, antes que nada, escuchar, en una actitud profundamente receptiva y dócil, la voluntad y deseos de Dios. Sólo en una segunda instancia actuaba, para que el plan de Dios, que creía haber descubierto, se realizara.

¿Cuál es nuestra actitud como jefes? ¿Tenemos también esa receptividad? ¿Nos preguntamos por lo que Dios señala? ¿Leemos en el alma de los nuestros, de las diversas parejas que componen nuestro grupo; leemos en su realidad e inquietudes, la voluntad de Dios? ¿Partimos de ellos, o bien, dictaminamos y señalamos caminos en forma arbitraria o "lógica"?

Nuestra tarea de jefes nos pide posponer nuestro yo, adaptarnos y asumir la realidad concreta y vital de lo que Dios nos ha confiado. Es significativo lo que expresa el Padre en su plática con ocasión de sus bodas de plata sacerdotales, el 15 de agosto de 1935:

"El libro que leo es el libro del tiempo, el libro de la vida y el libro de la santidad de sus almas. Si ustedes no me hubiesen abierto sus almas tan francamente, nunca se hubiera alcanzado la mayoría de nuestras conquistas espirituales. Esto no se aprende en libros, únicamente se puede aprender de la vida. Y una Hermana de María también tenía razón cuando dijo, hace un par de días: 'Porque nosotras dependemos tanto de usted, por eso se han despertado en su corazón tantas cosas que, de no ser así, seguramente hubiesen permanecido adormecidas'. (...)

"Lo que pude leer en sus almas, constantemente me indicó el camino para determinar las tareas parciales a las cuales debíamos aspirar. Posteriormente, un historiador objetivo podrá investigar y comprobar críticamente que mi labor principal, en estos 25 años, ha sido señalar los grandes últimos fines y el esfuerzo consciente por mantenerlos. Pero el destacar los fines parciales, el mantenimiento y la lucha esclarecida por su realización, eso, mi querida Familia schoenstattiana, en forma rotunda, sería impensable sin ustedes" (...)

"Tan vivas están en mí estas cosas que, en la mayoría de los casos, puedo decir: esto y aquello provienen de éste y de aquel, es parte de su vida espiritual" (...)

"Y si ustedes quisieran agradecerme por algo, entonces debería ser únicamente por esto: porque me he esforzado por asumir y abrirle un camino a todo lo que estaba brotando en ustedes; y porque, una vez que esa vida, de algún modo, había echado raíces en la comunidad, se proclamó

como lema. Podría así decirles quién fue, en aquel tiempo, el principal portador de nuestro Movimiento misional. Yo, como constructor, iba edificando y donde veía que lo que estaba creciendo era sano, me retiraba totalmente, porque sabía que eso iba a seguir creciendo. También les podría señalar quiénes fueron los principales portadores de la organización exterior cuando ésta se fundó (...)"

El Padre estaba convencido que Dios actuaba en el alma de las personas y de la comunidad. Por eso escuchar atentamente, ese tratar de entender la acción de la gracia y de abrirle paso. Junto con escuchar la voz de Dios en el alma de los suyos, él también buscaba escucharla en las circunstancias y en los signos del tiempo. Dios nos señala sus objetivos a través de ellos, de los acontecimientos en las personas, en las parejas, en el grupo, en la Familia de Schoenstatt, en la Iglesia, en la realidad nacional. ¿Tenemos también nosotros ojos para ver y oídos para escuchar qué quiere Dios, o tenemos que escuchar el reproche del Señor: "Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís" (Mc 8,18). "¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos!" (Mt 16,3).

Como jefes debemos estar siempre atentos a las señales del tiempo, a lo que Dios nos está hablando a través de las circunstancias. Pensemos que el P. Kentenich fue forjando todo Schoenstatt con una mirada atenta a lo que estaba sucediendo en la Iglesia y en el mundo. Dónde poner los acentos, qué metas ponerse, por dónde caminar, ese discernimiento lo iba haciendo de cara al tiempo, atendiendo a la voz del alma en los suyos y, en tercer lugar, confrontando su discernimiento con el orden de ser. Es decir, teniendo siempre presente el espíritu del Evangelio, los principios generales de la moral y los ideales.

No podemos detenernos ahora en todo esto, pues es todo un mundo el que se nos abre. Recordemos sí, que el jefe schoenstattiano, tal como el P. Kentenich, tiene que ser un hombre de la fe práctica en la Divina Providencia. Esto confiere a toda su jefatura una modalidad inconfundible.

2.2. Despertar la solidaridad de destinos

Nuestro Padre tenía un claro concepto de la autoridad y del modo de ejercerla. Decía: "Sustentamos un claro principio de autoridad y lo ejercemos democráticamente". Ese "lo ejercemos democráticamente", es algo de suma importancia para él. No se trata de la democracia de los simples votos, sino del tomar en serio a las personas y a la comunidad como voz de Dios; de tomarlas también en serio en cuanto al compartir con ellas la responsabilidad. En otras palabras, se trata de conducir en estrecha comunidad de corazones con los nuestros, de modo que seamos y nos sintamos servidores y no dueños del grupo.

El P. Kentenich fue un hombre capaz de tender puentes; fue un eximio forjador de comunidad. Ya desde el inicio de su actividad pedagógica pone en juego su corazón para ganar el corazón de los suyos; les dice en la plática del Acta de Prefundación:

"Me pongo, por lo tanto, enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, pero, sobre todo, les pertenece mi corazón".

Son también significativas sus palabras en la plática de sus bodas de plata sacerdotales:

"Si quieren saber dónde se encuentra el secreto de esta sobreabundante fecundidad, puedo decirles que radica en esta profunda, íntima y mutua vinculación. Y a la pregunta qué se hizo anteriormente, de dónde proviene esta riqueza del corazón y del espíritu, puedo responder lo siguiente: Un hombre que ama, que en definitiva ha puesto su amor, profundamente, en el corazón de Dios, en cierto sentido toma parte de la inconmensurable riqueza de su amor. Y si hay algo que no empobrece es amar, regalar la calidez del corazón. Y ustedes pueden decirse a sí mismos, todos ustedes, los que me han requerido -ya sea abierta, ya calladamente- todos pueden decirse: Sin mí, él personalmente no hubiera llegado a ser lo que es hoy día (...). Comunidad se da cuando los corazones palpitan al unísono. Y si se puede decir que nuestra Familia se destaca por la profunda unión de los miembros entre sí, en gran parte esto proviene de que la gran mayoría ha entregado a la Familia lo mejor de sí mismo".

Serían innumerables las citas que se podría mencionar en este contexto. El Padre, como nadie, supo entretrejer destinos, hacer nacer, fomentar esa "indestructible solidaridad de destinos entre la cabeza y los miembros de la Familia y de éstos entre sí". ¿Somos también nosotros forjadores de comunidad? ¿Dónde vemos nuestra principal tarea en relación al grupo?

Pero también, el Padre, en este mismo sentido, sabía compartir su tarea con los suyos. El Padre no hacía él todas las cosas. Muy por el contrario. Fomentaba que otros asumieran tareas. Sabemos que la persona crece con la tarea. Si los miembros de grupo se limitan a escuchar y reflexionar en común o, lo que es peor, a escuchar en forma pasiva lo que el jefe dice o dispone, ese grupo nunca llegará a ser un grupo floreciente. Si queremos conducir según el estilo de nuestro Padre, sabremos fomentar iniciativas, fomentar la creatividad; no cortar las alas, sino mostrar posibilidades, apoyar. Veremos, entonces, cómo la solidaridad y comunidad de corazones crecen en el trabajo y en las actividades que se emprende. Hay tanto que hacer. No esperemos que los asesores y los jefes de rama nos tengan que pedir: "por favor, podrías o podrían hacerse cargo de esto?". Veamos por nosotros mismos lo que es necesario hacer; en qué podemos contribuir nosotros al todo: ¡tomemos iniciativas!

Despertar la solidaridad, crear lazos, entrelazar el destino de unos con otros, ir gestando esa nueva comunidad cuya alma es el estar el uno con, en y para el otro, ésa es la actitud que manifiesta el jefe que sigue el estilo de nuestro Padre.

¿Tendemos también nosotros lazos de solidaridad? ¿Cómo está nuestro contacto con las demás parejas de grupo? ¿Nos limitamos sólo a la reunión? ¿Los invitamos a nuestra casa? ¿Los visitamos en la suya? ¿Los conocemos realmente en su realidad concreta? ¿Hacemos que el grupo, poco a poco, vaya siendo una familia donde cada uno reciba al otro en su corazón? ¿Fomentamos la iniciativa y la creatividad? ¿Delegamos tareas? ¿Confiamos en los demás o creemos que nosotros tenemos que hacerlo todo? Estas, creo, son algunas de las preguntas que nos haría el Padre.

2.3. Ser jefes poseídos por una misión

En tercer lugar, el Padre condujo movido por una *extraordinaria conciencia de misión*. Fue un hombre de una sola idea. Siempre repetía esa frase de Nietzsche: "Temo al hombre de una sola idea". Cuando alguien tiene muchas ideas, cuando todo capta su interés, entonces se dispersa; en definitiva, no crea nada. El Padre tuvo una sola gran idea en su vida: Schoenstatt y sólo Schoenstatt. Si alguien no posee una gran idea, no deja huella. Por eso, si queremos cooperar con el Padre y conducir como él conducía, tenemos que ser hombres de una sola gran idea.

Nos parece oportuno recordar aquí las palabras del Padre en la segunda Acta de Fundación:

"Cuán necesario es acentuar la conciencia sobrenatural de misión y de instrumento, lo saben todos aquellos que conocen más de cerca el plan de redención y la situación del tiempo actual. Siempre ha sido una ley evidente que sólo aquellas personas y comunidades a quienes Dios ha dado una vocación y misión especial, pueden intervenir decisivamente en el reino de Dios. Prueba de esto son no sólo los sacerdotes y profetas del Antiguo Testamento, sino también nuestro Señor Jesucristo, los apóstoles, la interpretación de la Iglesia y el sentir popular católico (...). Aquel que en tales difíciles tiempos no posee la inmovible convicción de estar investido de una misión divina especial y, por lo tanto, de contar con fuerzas divinas, está condenado de antemano a la infecundidad, al desánimo y a la inactividad y, por ende, al fracaso final. Solamente el que estuviere provisto de una confianza inquebrantable en esta fuerza y misión divinas, podrá aventurarse sobre el agitado y tempestuoso océano de la vida".

El Padre poseyó en forma preclara esta conciencia de misión sobrenatural. Se dio con toda su alma a Schoenstatt porque estaba convencido que Schoenstatt era una obra de Dios. Tras de Schoenstatt veía al Dios que interviene en la historia, que había hecho surgir esta obra en un tiempo de transición histórica, a fin de que "a la sombra del Santuario se codecieran por siglos los destinos de la Iglesia y del mundo". En la plática del 31 de Mayo de 1949, le escuchamos decir:

"Vemos cómo el Occidente camina a la ruina y creemos que estamos llamados desde aquí a realizar un trabajo de salvataje, de construcción y de edificación" (...) "¿Será acaso un don que nos hace en pago, como un reconocimiento y un honor para nosotros, si creemos que ella nos quiere usar, desde acá, a partir de este día, para ganar una influencia más poderosa en la forjación de los destinos de la Iglesia en el espacio cultural de Occidente?" (...) "Hace poco señalaba la gran tarea que tenemos aquí en Chile como pequeña Familia. Sin embargo, el motivo que nos reúne hoy en esta tarde, indica que el Padre Dios nos ha confiado una gran tarea para todo el mundo, especialmente para Europa, para Occidente".

Por eso el Padre afirma en la misma plática, que desde nuestro Santuario Cenáculo "se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombros".

Como jefes, necesitamos una gran conciencia de misión que transmita y encienda a nuestro grupo; abrimos a horizontes más amplios; superar nuestro pequeño círculo. Sólo así se

desplegarán todas las fuerzas latentes y construiremos algo que realmente valga la pena. Es el Señor y la Mater quienes nos envían junto a nuestro Padre. Y si ellos nos envían, ellos también nos darán la fecundidad y la capacidad para superar todos los obstáculos que encontremos en el camino.

Leeré ahora un pasaje de la misma plática, que anteriormente cité, de las bodas de plata sacerdotales del Padre. Agradece a los presentes y a los que ya han partido y agrega que también quiere agradecer a los que vienen en el futuro. Y éstos somos nosotros. Nos veía como aquellos que compartirían, en el futuro, su misión y envío. Dice así:

"Asimismo, tengo que extender mis agradecimientos a los que aún no están en la tierra, pero que un día vendrán. Sí, ¿qué sería de Schoenstatt si las generaciones futuras no fuesen captadas y compenetradas del mismo espíritu que nos anima a nosotros? ¿No tiene que permanecer en la Familia, como una ley inmutable, el que cada generación ha de conquistar de nuevo a Schoenstatt? Y si éste, mi agradecimiento a los que aún no viven, a las generaciones que vendrán en los siglos futuros, no encuentra una base en este desarrollo trascendental, en los tiempos venideros estaríamos -por decirlo en una sola frase- ante la tumba de nuestra Familia. Si en cada época Dios no hiciese surgir hombres que, con los mismos medios y por los mismos caminos, aspirasen a las mismas metas, entonces habríamos construido algo efímero y no algo perdurable hasta el fin de los tiempos y más allá todavía".

Es el Padre que estaba mirando a sus hijos de las generaciones venideras, que nos veía a nosotros. Cuando se despidió de Bellavista, en junio de 1952, dijo unas palabras muy hermosas. Expresó que le costaba mucho partir porque se había encariñado con el Santuario en Bellavista y por la unidad que había vivido con la Familia en el tiempo que pasó acá. Pero, agregó, se iba tranquilo, porque sabía que el 31 de Mayo estaba en buenas manos y porque Dios enviaría hombres y mujeres que serían portadores de la misión en el futuro. ¡No defraudemos como jefes al Padre!

2.4. Conducir en alianza con María en el Santuario

El Padre condujo en alianza de amor con María en el Santuario. "Todo -lo dijo repetidas veces- se lo debo a ella". Todo lo hizo con ella, por ella y para ella. No me extenderé al respecto porque el tiempo no nos alcanza.

2.5. Asumiendo la cruz

Debemos ir terminando, por eso, sólo una breve alusión. El Padre condujo a su grey asumiendo la cruz: dando -como el Buen Pastor- la vida por sus ovejas, por sus hijos. En el contexto del 20 de Enero, esto es clarísimo. El Padre sabe que Dios lo llama a asumir la cruz y que debe ofrecerse por los suyos tal como el Señor lo hizo.

Ahora bien, si queremos, como pareja, ser fecundos en nuestra labor de encargados o jefes de grupo, ello no será posible sin la cruz, sin sangre. Esto podrá acontecer en forma cotidiana, de a gotas, pero también, a veces, en forma intensa. Esos son los momentos en que podemos ser más fecundos: en primer lugar para nuestros propios hijos, para la esposa o el esposo, y para el grupo o la comunidad que el Señor haya puesto a nuestro cuidado.

Así condujo el P. Kentenich a la Familia: atento a las voces del tiempo, auscultando la voluntad de Dios; en solidaridad con los suyos; guiado por una fuerte conciencia de misión sobrenatural; en íntima alianza con nuestra Madre y Reina en el Santuario, y, por último, abrazando, como María y el Señor lo hicieron, la cruz redentora. En esto se resume lo central, lo medular de su modo de conducir.